



Anatema Carmesí

Legado hereje

Maximiliano Chiaverano

Legado Hereje: Anatema Carmesí – Maximiliano Chiaverano

Primera edición en papel, EDICIONES AMARU

Director: Juan Carlos Giménez

C.C. 33-1824-Lanús

Buenos Aires – Argentina

**Diseño de Portada, revisión y edición en formato digital
(Ebook): Maximiliano Chiaverano ©2017**

ISBN: 978-950-9256-79-8

Queda hecho el depósito que marca la ley 11723

**Legado Hereje
Volumen 1:**

Anatema Carmesí

Por Maximiliano Chiaverano
Versión revisada 2017

Agradecimientos:

*A mi amigo y mentor,
V́ctor Hugo Tissera,
en viaje a quíen sabe d́nde...*

Prólogo

“*Anatema Carmesi*”, no es un texto común, no es una novela, un relato, o un ensayo. Es una prosa poética que a muchos sorprenderá por la temática, y a otros, los llevará a recorrer caminos de intensa vibración paranormal.

Lo desconocido, lo que está más allá del entendimiento humano, produce alteración, porque precisamente lo que no se puede explicar con hechos reales y cotidianos, forma parte de la imaginación del hombre. El temor por lo incierto, o por la aceptación de que pueden o podrían existir otros mundos lleva al individuo al debate por el asombro entre la certeza y la duda. En esta historia, aparece la ternura en el personaje central como un ángel diferente al convencional desde la vida y la muerte ensamblados entre dos mundos distintos, porque sólo conocemos el primero. El asombro que produce la lectura en la presentación previa al desarrollo del personaje central, va cambiando hasta convertirse en la aceptación de ese mensajero milenario de las sombras que sobrevive a través de los tiempos, y manifiesta su exhortación, por la hipocresía con que convive el ser humano en su tiempo-tierra.

Maximiliano Chiaverano, ha creado su primera historia impresa en letras de molde, contada a través de una prosa poética, y es justo que se lo valore. El lector, será quien juzgue la misma y asuma la responsabilidad de una fantasía, o de una realidad que prevalece después de la vida.

El bien y el mal, sólo están en el pensamiento personal de cada uno, porque primero se genera en el pensamiento, para luego actuar en consecuencia, pero no hay castigos, ni premios. Sólo existe una ley de causa y efecto, que es la ley universal de la que nadie puede huir de su aplicación, en esta vida o en otra, si existiese, como la cuenta el narrador. Leer “Anatema Carmesí”, será dejar abierta la mente con la posibilidad de pensar y repensar, que en el espectro universal de todo lo conocido y lo que nos falta por conocer, pueden existir diversas posibilidades de otras existencias, aun desde las sombras.

Démosle entonces, a este nuevo y joven creador Cañadense del oficio de la palabra escrita, la bienvenida, para que nos siga narrando lo que su mente genera.

Víctor Hugo Tissera

Del origen de la obra

(Notas del transcriptor)

“*Eso*” que mi bisabuelo me reveló el día mismo de su muerte, estaba en partes dislocadas. Con mucha dedicación y paciencia, años después pude armar de aquellas páginas garabateadas, un esquema más o menos lineal, que se quema en mi mano, en mi mente, en mis venas, ha hecho arder mis dedos al escribir. Expulsé apenas un reflejo de esos papeles color momia, escritos primordialmente con tinta de dudoso color marrón rojizo.

No podía creer, que aquel hombre tendido en el lecho, moribundo y repentinamente avejentado, había sobrevivido a sus hijos y a sus nietos. Y todavía, algo en sus pupilas brillaba intensamente como si la vejez fuera una compleja simulación.

Taxista en los 60'. Manejaba un Káiser “Carabela” negro, lujoso, el primer auto de pasajeros fabricado íntegramente en Latinoamérica. Así se refirió al coche:

“Era el transportador, el taxi de la muerte. Nadie más que esa máquina oscura y yo. . . parloteamos tan en privado con los fallecidos.”

Con el mismo automóvil trabajaba al mismo tiempo, para una funeraria, llevando a los vivos y a los muertos. Entre

pasajeros en ángulo de noventa, recorriendo efímeros trechos y gente tiesa, a ciento ochenta grados para una horizontalidad perpetua.

Yo era el único junto a él esa tarde. El resto de la familia, a decir verdad, era un puñado de mal agradecidos rapiñeros que esperaban la inminente muerte del anciano para repartirse los bienes. Conocía a todos y él juzgaba, concienzudamente, que el resto era meramente el resto.

Desde la cama, respirando con dificultad, abordó su relato:

Me acuerdo demasiado de cosas que quisiera olvidar, pero cuando quiero creer que mi mente se equivoca, toco las hojas que esa cosa me dio y me aseguro que todo fue cierto.

Lo encontré al final de un día, después de llevar un matrimonio en sus respectivos cajones hasta el camposanto. Traía una fila larga atrás de mí, todos los familiares en cinco o seis coches seguían a mi Káiser en procesión macabra. Compraron coronas carísimas, excesivamente pomposas, y mandaron a construir el más solemne e inservible de los panteones.

Terminé aquel servicio y me volvía a casa para cenar, cuando a mi espalda escuché deslizarse una sombra sobre el ancho asiento de cuero. Se me paralizaron los músculos, se me helaron los noventa y seis mil kilómetros de sangre que dicen que tenemos en el cuerpo.

-Buenas noches muertero-, me dijo una voz juvenil en la nuca. Parecía un chico.- No se mueva, no es necesario que se alarme.

Pero sí me alarmé, mas no pude siquiera darme vuelta.

-Usted. Usted está acostumbrado a verse con los vivos y con los que ya no lo están -dijo la voz-, Pero no conoce a ninguno de estos últimos que le haya hablado... ¿verdad muertero? ¿Verdad?

-Verdad- contesté, esforzándome para no mearme encima. Su voz no era de un hombre, parecía joven, pero no un joven ordinario. ¡Ese no era un ser humano!

Hizo una pausa en el relato, sus ojos vidriosos se extraviaron en la nada.

Me quedé mirando a mi bisabuelo como aquella vez que las pastillas le habían producido alucinaciones. Sin embargo, algo en su voz contradecía el instinto de racionalizarlo todo, el cual deseaba ponerle fin a toda esa parafernalia ilusoria.

-No me mires con esa cara de pelotudo-, dijo, volviendo en sí. Ya sé que te parece una locura, pero es verdad.

-Discúlpeme, no era mi intención ofenderlo.

-Te ofendes solo. Pero no importa, te lo voy a dar igual. No existe persona más digna de recibir este regalo. No obstante, antes tenés que saber de dónde viene.

Con voz ronca continuó su historia:

-No existe persona que pueda entenderme mejor que vos, muertero.- me aseguró la cosa de rumores lozanos, revolviéndose en el asiento. Y si existiera no tendría tiempo de buscarla.

-¿Qué querés? No tengo ni un peso...

-No quiero robarte, muertero.

Cuando me di vuelta para verle a la cara, unas manos congeladas lo impidieron. Noté fuerzas increíbles en aquel ser; era capaz de romperme el cuello con un aplauso.

Mi reacción ante los susurros excedió la voluntad, fui víctima de algún tipo de hipnosis temporal que impidió moverme o siquiera pensar en seguir inquiriendo. Atrapado en mi propio auto, cercado por mi propio cuerpo, supe que el ser podía hacer conmigo lo que quisiera, sin que yo pudiera refutar nada en absoluto. Creí que iba a morirme, y que por haber estado tan cerca de la muerte tantas veces había creado en mi mente una locura impredecible, una carrera de pensamientos hacia la expiración cerebral.

-Uno no enloquece cuando muere, mas bien cuando no lo hace del todo-, dijo la cosa. Leía mis pensamientos, o los percibía, aunque la verdad, me encontraba sumergido en tal vacuidad que era difícil precisar si yo estaba pensando o hablando en voz alta.

-¿Sabe usted lo que es morir a medias? A veces, es como mantenerse vivo, pero agarrándose los dedos con la puerta que separa las realidades. – Hizo una pausa y después lo escuché reírse como hiena loca. En ocasiones, el dolor es...-volvió a reír - bah, no se asuste, estoy exagerando...

El ser se estiró en el asiento e intentó distenderse. Lo miré por el retrovisor, y por primera vez pude verle la cara. Un horror. No tanto por ver su rostro terso, macilento y cubierto de escamas, sino por el asombroso parecido con mi yo del pasado. Facciones de un yo también fallecido, olvidado en el espejo de la memoria de un espejo.

-Encienda el motor y conduzca, taxista.

-¿Adónde vamos?

-Siga adelante, por esta misma calle. Usted conoce el camino mejor que yo.

Lo hice, zombi hechizado cumpliendo las órdenes del pasajero. Sabía dónde ir, esa tarde misma había estado acarreando un par de cajones y cientos de inútiles arreglos florales. Conduje sin interrupciones. A esa hora la avenida estaba desierta. El monstruo no habló hasta que llegamos a las anchas puertas del cementerio. Apenas estacioné, el sereno se acercó al coche.

-Qué raro usted por acá, don, y a estas horas de la tarde... ya cerraba...-dijo, cubriéndose la vista con la mano a modo de visera, intentando ver a través del parabrisas empañado.

-No le responda y baje del auto.

-Pero...

-¡Baje!- no iba a repetir la orden. Capté hálitos ácidos en la nuca que me estremecieron la columna, supo persuadirme. Descendí, sin quitarle los ojos de encima al sereno, quien para mi asombro, se mantuvo inmóvil, apoyado en la escoba que traía.

Ante la estatua viviente del viejo, tuve que reprimir el impulso de salir corriendo. Convencido de que el ser aún estaba en el Káiser, abrí la puerta trasera. No había nadie sentado ahí.

-Hace casi cincuenta años que no visito este lugar-, dijo la cosa. Se encontraba contemplando el interior del edificio, lejos de mí. Nunca vi moverse algo vivo de forma tan veloz. Me dieron puntadas en el estómago y me dolía la cabeza. Busqué desesperado en los alrededores del edificio. No había nadie a quien pedirle ayuda.

-¿Qué le hizo al sereno?-pregunté, pero me ignoró.

-Venga conmigo, no tenga miedo.

¿Qué otra cosa podía yo hacer? Le seguí los pasos entre los nichos. A veces daba vueltas furtivas, como si algo lo llamara desde algún recóndito espacio entre laberintos, formados por arcaicos mausoleos cubiertos de moho. Lo perdí un par de veces, la oscuridad desorientó mis sentidos, pero siempre aparecía desde el lugar menos esperado, instigándome a continuar su búsqueda funeraria.

-Tengo una memoria frágil, y esta necrópolis crece rápido-, masculló entre risitas sarcásticas.-Se hace grande, grande... como ese traje tuyo.

Debo haberme visto muy estúpido corriendo por el cementerio, a la luz de una luna opaca y metido en un traje incomodísimo.

-Tiene clase.-respondí, defendiéndome.

-Sí, está usted bien vestidito pero a ninguno de los que lleva le importa. Ni a los vivos, ni a los otros.

-La muerte es una cosa seria,- refuté. Mi traje es mi imagen, estoy conforme con él.-dije solemnemente. Las palabras le causaron tanta gracia que se revolvió en el piso, agarrándose el vientre para que no se le salieran las tripas de las carcajadas. Cuando al fin calmó sus espasmos, me arrojó una mirada brillante. Salían destellos de sus pupilas.

-Vamos, creo que ya sé por dónde era.

-No entiendo nada. No quiero seguir con esta estupidez sin sentido.

¡Para qué le dije eso! Volvió sobre sus pasos en un pestañeo. De repente recordé al sereno, su espantosa rigidez, y las manos frías del ser sosteniéndome el cuello para no voltear. Creí que iba a dejarme seco ahí mismo. Levanté el mentón y esperé el puñetazo con los ojos cerrados. Pero no hubo ningún golpe en mi rostro, en vez de eso escuché un sonido sordo. Ausculté la semipenumbra buscando al ser, y al no encontrarlo, volvió a invadirme el impulso de escapar. Di unos pasos ciegos esquivando las tumbas a ras de tierra. Descubrí que estaba totalmente desorientado. Sin querer, me topé con la fuente del ruido. Sonaba a maderas astilladas.

-¿Che, estás ahí adentro?-pregunté con renuencia, parado frente al agujero practicado en el costado izquierdo de un panteón. Al retirarme unos centímetros, tropecé con los ladrillos arrancados y caí sentado. Desde adentro emergió una carcajada kilométrica, que en el contexto necrológico resultó por demás de ominosa. Más que caminar, me arrastré

hasta el boquete. Saqué el encendedor (fetiche recordatorio de hábitos pasados) lo chasqué un par de veces hasta que encendió.

Los cajones ya no estaban, el nicho era demasiado antiguo. Sentado en cuclillas, el ser rompía las tablas del piso a puño limpio. De ponérmelo en contra podría haberme descuartizado. Para improvisar una antorcha sacrificué la camisa y la envolví a una astilla. Repentinamente el ser desvió su atención.

-Ya no es tan importante su traje, como su necesidad de ver- dijo sonriendo.

Chasqué la lengua, mirándole como idiota. Tenía razón, ya no me importaba.

-¿Vas a decirme lo que buscás, profanando este lugar sagrado?

-¿Se da usted cuenta la suerte que tienen estos hijos de puta?, mire ahí afuera todas esas edificaciones megalíticas... mármol por todos lados, placas de bronce que cuestan un huevo y la mitad de otro... panteones espaciosos, algunos abandonados... viven mejor que usted y están muertos. Ni siquiera están. ¡Toda una ironía! ¿No es cierto?

-Cada cual honra la memoria de sus familiares como más le place.

-Ésta mierda monumental no tiene nada de sagrado. Son cosas vacías. Excepto esta, que dicho sea de paso, es mía.

Quitó la última tabla, dejando al descubierto una escalera de piedra. Bajé detrás de él. Me llevó tiempo llegar hasta el fondo, puesto que la antorcha se extinguía y temía

dar un paso en falso, cayendo a la oscuridad que nos rodeaba. Las risas del ser y mis propias pisadas hicieron ecos insólitos en lo que parecía ser una catacumba húmeda, silenciosa. Al fin, tras un descenso de al menos treinta escalones en medio del vacío, hundí los pies en la tierra. Hacia frío, pero yo parecía ser el único que lo sufría.

-¿Alguien sabe que existe este lugar debajo del cementerio?- pensé en voz alta.

-Los que antes supieron ya residen a nuestro alrededor, pudriéndose, evaporándose,- respondió. –Usted ha traído un par de ellos hasta estas tierras, muertero. Ahora venga por acá, no se vaya a tropezar con los cuerpos.

Me dio un escalofrío, ¡estar rodeado de cadáveres y no poder verlos! Enseguida reaccioné, estaba haciéndome una broma. El muy perverso volvía a reírse entre dientes cada vez que me decía algo.

-No me hace gracia.

Me extendió un candelabro poco antes que menguara la llama de camisa. La luz no llegó a mostrar toda la estancia, se me ocurrió que podía extenderse varios metros a lo largo y ancho del pueblo de los muertos.

El ser me llevó hasta una habitación formada por paredes agujereadas, donde una veintena de ataúdes empotrados hacían de ornamento; uno de estos había sido removido y su lugar relleno por libros. En medio del cuarto, nos esperaba un escritorio de caoba tapado de polvo, con dos sillas con decoraciones barrocas.

Acerqué las velas para develar los elementos que proyectaban pequeñas sombras. Un tintero, la pluma deshilachada, hojas amarillentas y una navaja.

-Tome asiento, si es tan amable- instó. Se acomodó del otro lado del mueble, rozando delicadamente las hojas con la yema de sus falanges albinas.

Se mantuvo ocupado por un rato, relejendo las páginas curtidas. Aproveché para verle detenidamente. Era flacucho, fibroso, tenía el pelo negro como su piel, haciendo raro contraste con sus extremidades degradadas al blanco lechoso. Algunas partes de su cuerpo semidesnudo exhibían marcas o escamas, parte de él era un reptil. Seguían sorprendiéndome sus rasgos, el parecido con mi juventud, aunque de a ratos se tornaba demasiado inhumano. A pesar del miedo, de la incomodidad que me envolvía, en el fondo empecé a percibir cierta empatía por aquella cosa.

-¿Y bien?- pregunté impaciente al creer que se había olvidado de mí.

-No me olvidé de usted. Tiene poca paciencia, es comprensible.-Sin reírse en absoluto, más bien con respeto, apartó unas cuantas hojas sueltas y me las extendió diciendo:

-Esto es mi legado, mi regalo.

Tomé el manuscrito con delicadeza, era muy frágil por cierto. Arrimé la luz a su compendio de locuras, redactado en letras góticas con tinta de curiosos matices; lo leí del principio al fin, mientras él observaba en silencio cada una de las emociones reproducidas en mi rostro.

Encendió un fuego valiéndose de restos mortuorios y ataúdes desmantelados. Para cuando terminé de leer su obra me sentía tan abrigado que quería quedarme más tiempo. Ya no le tuve pavor, más bien cobré por él un sentimiento ambiguo entre el amor y la tristeza profunda, una identificación temible. Quise expresarlo con palabras, pero hablé antes que pudiera articular una frase.

-Esa es mi obra, acorde a la tradición. Escrita con mi propia sangre.- Sostuvo largo tiempo su mirada en las hojas, por primera vez no sonreía. Su semblante se tornó enfermo, avejentado con cada palabra. -Mi obra, leída por un solo hombre, -continuó-, quien ha de ser el receptáculo del legado.

Iba a interrumpirlo, pero algo me exigió silencio. Lo que me decía portaba una angustia infinita, como si fuera esa su última conversación, postergada quizás desde tiempos inasequibles a mi entendimiento mortal.

-He vivido mucho tiempo de la literatura de mi sucesor quien, en su gran generosidad, me entregó la misma cantidad de sentimientos, el mismo caudal de vida que estoy ofreciéndote.

-¿Por qué me elegiste?

-Porque usted es como yo, un inquisidor sin respuestas. Y porque así se dio, no soy capaz de explicarlo todo, pero tampoco quiero. Hay preguntas que los años me han enseñado a obviar, por una ignorancia que el tiempo no puede suplir. Tal vez usted, o el que venga después,

encuentre una respuesta adecuada o si se quiere, una pregunta certera.

-Sigo sin entenderte.

Se acuclilló frente al fuego, arrimando a las llamas sus manos incalentables. Lo vi viejo, más ajado que unas horas antes.

-¿Qué se supone que tengo que hacer con esto?

-Mi sucesor me dijo hace casi dos siglos, que la muerte no puede detenerse. Sin embargo, puede ser pospuesta-volvió a sonreír, por última vez.

-¿Existe entonces, una manera de hacer eso?-pregunté.

-Con poesía, muertero.

Dejó que cavilara en las palabras, no se dirigió a mí por más de una hora. Supuse que arriba estarían buscándome como locos, mi mujer, mi hijo, mis amigos, la gente de la funeraria, después los imaginé paralizados, en coma profundo. La idea del tiempo se licuó para perderme en una marea de interrogantes. No me importó el resto del mundo. Tuve hambre y sed, pero me resultó inútil detenerme en esas necesidades tan absurdas. Volví a leer, hasta que los ojos me ardieron. Él, haciendo gala de sus poderes, emergió de las sombras y se arrellanó en la silla detrás del escritorio.

-Estoy cansado. La obra de mi sucesor llega a su punto culminante. Es usted ahora, quien debe comenzar una nueva tarea, entretanto se alimenta de la mía.

Antonio, el muertero, detuvo su relato en este punto. Carraspeó, y noté que el vampiro, tal como lo describía, debía haber lucido de la misma forma que el anciano. Escuché cada emanación salida de su boca. Intenté comprender, evitando horrores deducir de ese relato fantástico, conclusiones psiquiátricas. Mientras mi raciocinio sepultaba la lucidez de mi ancestro, otra parte, concientemente acrecentada quizás, vislumbró la posibilidad de que todo fuese cierto. Se me revolvió el estómago.

-Sé que no me crees una palabra. Pero también veo algo en tus ojos que necesita el mínimo empujón para aceptarlo.

-¿Cómo termina la historia?

-No hay fin determinado. Es una cadena de tiempo, carne y letras. Antes de mí fue este ser del que te hablé, antes de él hubo otro y otro y otro. Después de mí, también habrá uno.

Se quedó esperando una pregunta o una réplica, pero no pude decirle nada.

-Ahí detrás tuyo, está *el escritorio*.- Tenía más de cien años, estoy seguro. Recordé a mi viejo, sacando cuentas, vi sentado a mi abuelo, arqueado, escribiendo cartas en la Rémington. Quién sabe cuántos seres habían dejado sus horas sobre aquella tabla añejada que todavía mantenía el brillo del primer barniz. Más abajo, el cajoncito cerrado, cuya llave estuvo desde siempre fuera de mi alcance y del resto.

Al volverme, tenía la llavecita entre los dedos.

-Tomá, -me dijo- sacate las dudas.

Abrí el cajón y encontré en él un sobre de cuero. Más atrás, un tintero de bronce, con figuras de ninfas labradas al

pie. Saqué del fondo la pluma y la navaja cuya hoja de filo reciente no era menos intimidante que los pequeños cráneos del mango.

-¿Qué son todas estas chucherías? Pregunté, presumiendo que mi querido bisabuelo había perdido el juicio mucho antes de que pudiera diagnosticársele demencia senil. Le seguí la corriente, para ver hasta dónde podía llegar, pero cuando volteé hacia la cama, el anciano no estaba acostado.

-Sentate.

La voz me pescó desprevenido, confundió mis reflejos y dejé caer las cosas. ¡Me sonreía desde el otro lado del escritorio!

-¡Mierda!-grité asustado. ¡Qué carajo pasa!

-Baja la voz, taradito- me pidió, con tal calma que me puso los nervios de punta. Sentate y terminemos con la historia.

Hice uso de toda fuerza de voluntad, levanté las cosas y me senté.

-Ahora, vas a tomar en serio lo que te diga y de una vez por todas-ordenó.

Es un punto impreciso entre lo que puede ser una maldición, y un fabuloso don -me afirmó el vampiro.- Es, ni más ni menos, una oportunidad de averiguarlo. Lamentablemente, no somos inmortales, pero podemos estirar la vida. Dirás cómo, pues bien, ahí en tus manos reside la clave. Esas son mis notas, mi obra, que ha sido

escrita trazo a trazo con sangre. Mi propia sangre; contaminada de las palabras de antiguos poetas cuyas obras se han perdido en las venas de otros para prolongar la tradición sanguínea. Yo, soy uno más, receptáculo de vida, el último. Usted, muertero, y sus ansias de conocer el misterio de los muertos y los vivos, me ha conmovido. Es también un poeta, lo leí en su esencia aunque nunca haya escrito. Lo he elegido, como mi sucesor me eligió por mi amor al conocimiento, mi amor al amor.

-Dígame, ¿quién es usted realmente?

-Somos exploradores, observadores de mundos. Nos nutrimos de la literatura de seres maravillosos, que dieron su sangre para proveernos de ojos nuevos, que se extendieran más allá de las fronteras convencionales de las edades.

-¿Hay más gente como usted?

-Por estos capilares no corre uno, corren muchos. Yo correré en usted, aunque no seré yo, seremos todos -respondió.

A esas alturas, la confusión me atascaba toda lógica, escuchaba al ser, pero no entendía la totalidad de su ofrecimiento. Sin embargo, después de leer, mi interior supo cómo actuar.

Comí la primera página. Me aseguró que era suficiente por el momento. Más adelante bastaría ingerir uno o dos párrafos por año para multiplicar el tiempo. Advirtió que sufriría de maneras nuevas, y que el mejor subterfugio residía en escribir, y un día terminaría de digerir la obra que él me había dado. Para entonces tendría un escrito de mi propia letra y tinta. Llegado el momento, otro descendiente llegaría desde las sombras a reclamar mi propia obra.

-Ese soy yo, tu bisnieto.

-Claro.

-Pero... ¿por qué no elegiste a tu hijo o uno de tus nietos?
¿Por qué yo?

-Ellos tomaron rumbos alejados de la obra. Eran personas capacitadas para ser arquitectos, técnicos, o como tu padre, un ingeniero hecho y derecho. Todos fueron demasiado duros, perdidos en el mundo de los números, guiados por la estirpe de la lógica fría, llenos de estructuras maquinales y tecnicismos ególatras. Eran buenas personas, pero sin magia en las venas, sin la potencia para manejar *la tradición*. Hasta que llegaste vos, con tus rebeldías intelectuales, tus juicios paganos, tu poesía inquietante. Justo. Perfecto. Dictado por el destino en el último día.

-¿Justo para qué?

-Para ser parte.

-¿Qué hay en este sobre?

-Es tonto preguntar algo que ya sabés.

-Tu obra. Supongo que la escribiste con...

Asintió.-Con mi sangre, mi espíritu.

Me sentí mareado al ver, páginas y páginas sangrientas. Hasta el último instante rogué ser víctima de la gran broma final del viejo Antonio.

-Lo que sufrirás, no se comparará jamás con el poder y vitalidad que vas a poseer.

-¿Y si te equivocás? Puedo usar ese magnífico poder para satisfacer mis propios deseos, cuya naturaleza podés llegar a desconocer.

-De ser así, *la tradición* se convertiría en maldición, en una aberración tal que no soportarías verte reflejado en los espejos o en los ojos de la gente. Ardería tu piel bajo el día. Te aconsejo armarte un disfraz, y no malgastar las fuerzas en iras pasajeras o en emanaciones efímeras, no hagas de tu ego un ser escandaloso. Se revertiría diez veces diez.

Esa noche tuve fe, leí y comí el manuscrito del viejo muertero. Cuando despuntó el alba había escrito las primeras líneas del mío, con fascinante paroxismo, y bajo la promesa de perpetuar *la tradición*.

La tradición existe, es verdad. Veo otras cosas. Siento otras cosas. Soy otra cosa.

Tres años después de que la carne del muertero se ha hecho de la textura del hojaldre, transcribo una parte de su obra, son los retazos literarios que aún me quedan por ingerir... de a ratos románticos, de a ratos negros y melancólicos, como los lamentos de un ser atormentado por sus fantasmas personales.

LA HERENCIA DEL MUERTERO

“Me aborrezco, y me arrepiento entre polvo y cenizas.”

- Job 42:6 –Biblia cristiana

**Primer retazo:
Lamentos vampíricos**

-Carmesí-

Morir y nacer se convirtieron en sinónimos pérfidos. La sangre de estas venas arrastra los siglos como el viento a las hojas y el río a las aguas turbulentas.

Caudalosos torrentes escarlatas recorren hoy los rincones de la mente cansina de un monstruo bello e inmortal.

*Y el tiempo ha borrado de la memoria el momento exacto en el que abrí los brazos a la oscuridad. Bebí del vino añejo de la vida,
emborrachándome de locura y desesperanza fundada en la cosecha de negras actitudes.*

Soy el vampiro que triste se acusa de condenado en un mundo de diferencias abismales y terrores humanos.

-Lamentos de Vampiro-

Ajeno soy a esos astros que iluminan tus días y tus noches. No porque me hagan daño físico, sino por recordar tristemente aquel que una vez fui.

La sed de sangre no llega a compararse con el sufrimiento de una soledad eterna en el interior de un alma condenada. Y entonces es ese el peor martirio, más terrible aun que el tedio humano, porque es infinito.

Recorro la ciudad en las frías noches, bajo temporales salvajes, y sin embargo no encuentro descanso. Aquel deseado reposo que confiere únicamente el calor del amor y el abrazo tibio de un alma pura.

¿Dónde te ocultás? Si tan sólo supieses que tu amor es el arma efectiva, paradójicamente descubrirías también la salvación para mi errante espíritu. Busca ahí donde no llega la luz. Donde se pierden las miradas, y las voces se funden en sordos susurros.

Buscá donde las criaturas nocturnas invocan la ternura de la noche. Ahí me encontrarás, recibiendo con placer y desesperación la misericordia del crepúsculo.

-Sobreviviendo-

Después de un largo día de vigilia, llega la oscuridad de la sombras y el viento gélido no logra arrancarte de mi mente.

*Miles de estacas afiladas se clavaron al verte dormida.
¿Cuánto deberé soportar esta condena de recordarte?*

Amar es beber agua bendita para saciar una sed que sólo agrava.

La mujer capaz de retener la bestia, de calmar el feroz deseo de matar, seguís siendo vos. Aquella que una vez tomó estas manos heladas y pese a todo las entibió en su remanso.

Grito en la aurora de los tiempos, a lo largo y ancho de los mares. Sobrevivo apenas con uno de tus besos y el recuerdo de tu lívido perfil.

-Sol de medianoche-

Devolviste el alma perdida. Para bien o para mal, he vuelto de entre muertos.

Quise cavar una tumba para este corazón y te encargaste de evitarlo. ¡Oh!, hermosa hechicera, dijiste unas palabras, susurraste un te quiero e invocaste fuerzas divinas.

Hechicera, cruel sos al dejarme desnudo en un nuevo lecho de espinas, bajo el sol de medianoche.

Existes para deleitar con tu luz y destruir. El cielo se ha cubierto de estrellas y ya no existe diferencia entre el día y las sombras porque sos mi sol de medianoche.

-Diferentes-

Venus te recibe.

Venus me despide.

El amanecer te saluda, a mí me dice adiós.

Los mortales te aman; por ellos sufro desprecio.

Dios te sonrío, conmigo ya no habla.

Vos dormís, yo camino.

Vos soñás, yo cazo sueños.

Vos reís, yo suspiro.

Vos vivís, yo sólo paso el tiempo.

Vos respirás, yo respiro.

Vos amás, yo te amo.

-La cruz del recuerdo-

Por vos abracé las llamas y dejé que me hirieran hasta los huesos. Por vos abandoné la calma de la muerte para enfrentar la turbulencia del amor. Por vos llevo esta cruz en el cuello, pesada y fría, para recordar la promesa. La palpo con la esperanza de no sentir el terrible escozor.

La cadena sostiene las razones de mi orgullo siendo cada eslabón remembranzas de tu desprecio.

Por vos, los días agregan un dolor diferente, siendo tan creativos como insoportables. Por vos, arriesgué todo al cruzar desnudo el mar de los infiernos y decepcionado sollocé viéndome sumergido en la flama sin una esperanza de amparo.

Por vos volví a morir.

-Un mundo distinto-

No le tengo miedo a lo que soy. Tengo miedo que temas lo que soy.

Comprensión, amor verdadero, luz, son vanas construcciones de un mundo al que no pertenezco, sin embargo estoy acá.

No pretendo salvarme de la indiferencia, sino escapar del salvaje olvido, del odio. El odio es para los humanos. Eso lo aprendí bastante bien. Emociones conocidas imperan en tu mundo; en el mío sentís de otra manera.

En mi mundo, la niebla del pantano es tu arco iris. La negrura nocturna es tu soberbio rayo de sol. Los pútridos aromas, la fragancia de la rosa. El rojo de la sangre, el blanco de tus palomas. En este mundo, la belleza alcanza niveles distintos.

Bello es el danzar de los murciélagos, el cantar inacabable de los grillos y el croar de infinidad de ranas en épocas estivales.

¿Querés saber más?

Te diré entonces, apreció los muros de la catedral, iluminados por el claro de luna; sentí los perfumes recurrentes de pasillos funerarios. Parate y escuchá el silencio del campo santo. Conocerás entonces la grandiosa exquisitez de lo inmortal.

-Liberame-

Liberame de esta atadura que es la muerte en vida, liberame del terrible trauma que es mi existencia, liberame del mundo opresor que muestra su peor costado. Liberame del tedioso pesar, de las noches eternas sin sustancia.

Esa magia que tenés puede quebrar el hechizo, romper la celda que las sombras forjaron.

No puedo regresar del mas allá sin ayuda, bello ángel, no puedo hacerlo si no es aferrado a tus manos.

Amame, para reaccionar y dejar de perderme en la locura de las tinieblas. Liberame, porque sólo la sangre de tus venas saciará la sed. La saliva bendita de tus besos cicatrizará la herida y la ternura en tu mirada quietará a la bestia.

-Te espero-

Extraviado en ojos negros. Alienado por la enfermedad de la bestia comiéndome poco a poco, te busco.

Mantengo la visión clara para no perderte en las noches sin luna. Bebo los intensos alcoholes del olvido para no quitar el recuerdo de ese toque sutil de tus manos.

Yo, quimera de quimeras, demonio caminante, guerrero. ¿Te merezco?, pregunto a menudo.

No quiero vivir y no puedo morir. El tiempo no sana, sino que corroe perpetuamente la carne magullada, y evoca esta maligna naturaleza.

Por Dios olvidado, por ángeles torturado, por el hombre, insultado y temido. ¿Renaceré por vos?

Abrazado a la misteriosa muerte, te espero.

-Dejame Morir-

Dejame descansar en paz, yacer en la tierra con gusanos, sería final suficiente. ¿Sería?

Puedo contarte una historia parecida.

Dice que un vampiro se cansó de vivir y abandonó la vida entre los hombres, pero la verdad es que portaba una enfermedad incurable.

Una mujer fue la culpable; ella, sin quererlo lo enamoró. El amor, que no es para los nuestros, dañó tanto al vampiro que fue la peor estaca, el peor infierno. Ella lo rechazó y el demonio cayó a la tierra.

Él miró la propia fuerza, sostuvo su espada, contempló su reflejo, nada podría ser peor. Y aún después de dormir bajo las tumbas, reconoció que jamás conciliaría el sueño sin tenerla en sus brazos pálidos

¿Descansaré en paz si tu presencia aún camina sobre el terreno de mi sepulcro?

-Música nocturna-

Escucho coros. Limpias guitarras, etéreos sonidos, solemnes voces cantando una sonata para fantasiosos egos. Conduciendo esta mente a lugares paralelos, realidades alteradas, majestuosas paradojas universales.

Una mujer que llora versos al oído, la piedra que cuenta de su estática vida, los pájaros existen tras el canto armónico. Vuelo con estas melodías. Respiro placer, huelo amaneceres, paladeo el sabor de las aguas del éxtasis.

Te siento cerca, beso tus labios, fallezco en esos ojos tuyos. ¡Ah!, no sabes de esta música. No la precisas. Tu mundo diurno es tan perfecto que tampoco necesitas soñar.

-Proteger-

Porque sos lo último que tengo y una luz del cielo se refleja en vos, te protegeré. Porque drenaron vida y alimentás lo que resta, te protegeré. Puedo sentirte en la sangre, eres el soporte vital, te protegeré.

Del viento y la lluvia; del mal te protegeré. La nieve y la angustia caerán un día pero te protegeré abrazándote.

Cuando llegue el apocalipsis, junto a ti firme yaceré, olvidando quién soy, sólo protegiéndote.

Los enemigos no te tocarán, y hallaré el modo de cubrirte del frío al extinguirse el fuego en el universo.

No me fui, pues cuando respiro lo hago por vos.

-Guerrero-

Caminé junto a reyes. Peleé con este viejo acero contra demonios de mi estirpe, golpeé la carne frágil de cientos de humanos.

Alcé el estandarte de la muerte sobre los cuerpos mutilados de tus antepasados.

No vengas a enseñarme lo que es el dolor. Alguien como yo, sabe lo que es sufrir y hacer sufrir. Mis manos se mancharon de sangre miles de veces. Y el grito de nobles guerreros cubrió la tierra al escuchar el eco de mis pisadas, mensajeras de recelo.

No vengas a enseñarme lo que está mal.

Soy tan oscuro... quedarías ciega al ver mi alma. Cuando el mundo sueña pesadillas, estoy presente.

No vengas a enseñarme tus leyes divinas. Millones de leyes quebranté en nombre de dioses.

El metal de la espada jamás tuvo piedad en el campo de batalla.

Después de todo, después de tantos años ¿Podrías enseñarme a amar?

-Condenado a vivir-

Condenado a vivir. Condenado a vivir indagando.

Siglos después de ver el último amanecer, prometí encontrarte. Condenado a ser un furtivo caballero tras el velo de la niebla. Castigué la piel para evitar cualquier caricia que no fuese tuya.

La música, compañera de viaje, se celó de tu voz. Y eso estaba bien.

Tengo miedo de esperar una eternidad. Le temo al tiempo, que me sabe un espectador inmune. Le temo a vivir cargando con tu ausencia.

Condenado a vivir sin verte es ya haberse muerto.

-Sangre helada-

Haceme guía de tu mano, un fuerte mástil de proa que avance sin miedo al peligro. Conducime de una vez, a las inocuas arcas sagradas. Llevame al interior cálido en tu cuerpo.

Abraza el espectro perdido que amaste y regresalo a salvo a estas, mis carnes putrefactas. Los gusanos atienden atónitos estas suplicas eternas.

Clamo por un susurro. Una palabra de tu boca para que el infierno se congele.

-Vendrás-

No pierdo la fe, vendrás.

*La ventana delante ocupa el espacio y a través de rejas
negras, presencio la propia muerte. El frío hizo transpirar
los cristales,*

tu falta me exprime el corazón.

*Quiero creer que estarás conmigo esta noche, la noche de
los tiempos.*

*Unas lágrimas rojas caen al vacío, semejante al vacío del
que han salido.*

-El Tiempo sin vos-

Un minuto sin vos, interminable centuria.

Un minuto sin vos es tener que escuchar el lamento de la noche.

Un minuto sin vos es atravesar solo los confines del universo.

Un minuto sin vos es hablar a fantasmas helados y mudos.

Un minuto sin vos es besar la frente congelada de la locura.

Un minuto sin vos es perderme en el laberinto de mí mismo.

Un minuto sin vos es conocer la soledad.

Un minuto sin vos es peor que todo eso.

Un minuto sin vos es luchar contra el mar de la desgracia.

Es dar golpes al espíritu inexistente de la nada.

Un minuto sin vos es desperdiciar el tiempo.

Un minuto sin vos es dormir en un colchón de agujas.

Un minuto sin vos desgasta.

Una hora sin vos y rezaré a las hadas para que te traigan de vuelta.

Un segundo sin vos y sé cuánto te necesito.

Un minuto sin vos y olvido lo que soy para amar lo que sos.

-Plano alterno-

Hola, hablo desde otro mundo, de otro lugar. Hay sonidos extraños, todo brilla, palpita.

Viento sumergido en un túnel, un extravagante pasaje cargado de las más diferentes formas y sonidos etéreos.

¿Hay algo más allá? ¿Hay un más allá?

Sólo existo, sólo soy, sin pensar, galopando la música del pasaje, alimentando las ganas de descubrir algo más.

Pero el tiempo parece infinito, los sucesos no dejan de arremeter contra mi mente, contra el cuerpo sin control, ahogado por un sin fin aleatorio de serpientes de energía.

Aleteo con estos brazos deformados de materia incontenible, que se escurre por velos oscuros: efímeros vestigios de una realidad enigmática que crea el poder de las plantas.

Combinando la imaginación de un brujo con la magia de la hierba se obtiene el elixir de la locura.

Una campana, un monje oscuro agitado por el viento tira de la soga y retumban los cielos. Una flauta inyectada entre acordes discordantes y voces perdidas bajo un líquido invisible.

La barrera de pequeños diamantes mágicos que se chocan y producen tintineos incoherentes. Es la voz de una soprano que roza los confines del plano.

Golpes constantes, un mandolín. Baterías, percusiones infernales que incitan a lo prohibido. Sé que son disfraces diabólicos.

Ahora todo junto, la música entera, un bloque. Va y viene en olas dispares. Olas que no puedo detener. No las quiero detener.

Alguien golpea las puertas de un inmenso monasterio ¿quién será? Hace frío para estar afuera, es de noche y nieva.

¿Quién será? No se cansa de golpear.

-Liberado-

¿Sirve de algo ser inmortal si no se puede amar por siempre? ¿Debo pensar en rojo? Ya no.

No hay montaña tan alta que no pueda escalar. No existe enemigo que no pueda vencer.

El odio convertido en plegaria, la razón trocada por la locura del ser. El miedo busca entrometerse, la negra oscuridad corromper los restos. ¿Estoy viviendo en vos o vos en mí? ¿Amo lo que sos o lo que dejs ver? ¿Te veo u observas confundida desde el trono caótico de tu mente?

Saco la espada, la dejo de lado, alzo la pluma. Afilo el acero del corazón.

El dragón retrocede al ver la grandiosidad del amor, algo imposible de dañar con su fuego. Un cristal tornasolado, claro y puro.

Los destellos y el calor abrazan la coraza negra de un cuerpo casi muerto. Y revivo.

Ahora vivo otra vez, sonriendo al mundo que me vio morir, aullando a la luna que presenció mi decadencia.

Un ángel canta una canción de arrullo al oído del que estuvo entre los muertos. La música le remueve el espíritu latente. Sus besos entibian la superficie helada de piel curtida.

Tiemblo emocionado y descubro la dicha de ser feliz. Ese placer supera las fronteras herméticas de las sombras, el confuso terror de no ser querido. Ya no más.

El abismo bajo los pies, se cubre. La magia negra de dioses enfermos deja de hacer estragos. Jade negro se trasluce y veo el diamante encerrado ¿Otra ilusión? No, por fin he sido liberado.

-Camino a Belén-

Camino a Belén, la ciudad del señor. Camino a Belén, donde los vientos son cálidos. Donde los gritos se convierten en murmullos inofensivos y las palabras son de afecto.

Camino a Belén, buscando paz en ella.

Camino a Belén, porque el resto del mundo es muy frío.

Camino a Belén, porque sus cimientos son fuertes y sus calles abrigadas.

Camino a Belén, la casa de mi padre, el refugio.

Camino a Belén, a curar las heridas de mil batallas y descansar arropado.

Camino a Belén, el último bastión.

Camino a Belén, porque he pecado al cerrar mis ojos.

Camino a Belén, porque un dios ha nacido en ella.

Camino a Belén, queriendo recuperar el sentido de vivir.

Camino a Belén, donde moran ángeles, donde las flores no son artificiales y el perfume es hipnótico.

Camino a Belén, porque veo amor verdadero en ella.

Camino a Belén, una vez más, desde las entrañas de la soledad.

Ciudad del rey, recibe al vampiro, y lava con tus aguas sus lágrimas de sangre.

-El hechizo del paraíso-

Los secretos del mar, la magia en las olas y la calma del ocaso. Una brisa de primavera, un piano tocado por la naturaleza. Aromas frescos, menta, eucaliptos, el éxtasis de la vida misma.

Sensaciones reflejadas en el espejo de su rostro pálido. El brillo tranquilo de sus pupilas, el alma que se asoma entre labios.

En ella duermen las nubes esponjosas, la luz del arco iris. La magia, la hechicería de la vida.

Hadas bailan despidiendo polvos deslumbrantes sobre sus cabellos mecidos por el viento. A veces lúcido, otras embrujado, la exploro poco a poco, sabiendo que abraza la armonía de tierras virtuosas.

Temo disiparme en la bruma que asedia las murallas, pues viajo aferrado al viento. Y no es el rumbo que he perdido, sino la conciencia de que viajo.

Respiro, moviéndome, flotando en un extraño paraíso.

-Disciplinas Vampiras-

La noción de tenerte nubla sentidos, disloca los ejes magnéticos e increíbles de mis disciplinas.

Aprendidas tras siglos de experiencias, cambiaron su poder, se sometieron a tu voluntad en un segundo.

Ahora, no bajes la mirada, deja que descansen tus ojos en los míos. Acercate, olvidando tus problemas por un eterno instante. Que la cascada de los sueños nos abrace. Yo te abrazo.

Hay un cosmos diferente tras esos ojos, misterio en cada suspiro, universo invisible en los labios.

¿Qué decir de tus dedos? Duerme entre ellos, la esperanza de un día soleado y las melancólicas noches de invierno.

Perdí la visión clara de antigua criatura nocturna. Ya no interesa.

Presiento al rozarte, un increíble prelude de magníficas sensaciones. Inesperadas, escondidas.

Sos lo más soberbio que me ha pasado, y a la vez, concluyo que es lo mejor.

Perdí la capacidad de adecuarme a la soledad del pasado. No puedo estar solo.

Vivir y revivir con el latido de tu corazón cerca. Respirar y dejar de hacerlo en cada uno de tus besos...

Poder amarte es hoy mi disciplina.

-Podemos vernos-

*Recibí tu carta, podemos vernos. Siempre, después del
ocaso.*

*Decís ser católica, pero por favor, nada de cruces. Estoy un
poco enojado con tu dios.*

*Arreglate bien; vos al verme dirás si estoy bien vestido
pues la conciencia demente me obliga a romper los espejos.*

Recibí tu carta, podemos vernos. Siempre, al oscurecer.

*Este vetusto traje debe estar arrugado. Perdón, duermo
apretado y te dije, ya no uso espejos.*

*Deberías visitar la casa donde vivo. Tiene acogedores
lugares secretos.*

Recibí tu carta, podemos vernos. Siempre, antes del alba.

Me amarás, cariñosa belleza. Ya sabes cuándo.

**Segundo retazo:
Desamparo**

-¡Desamparado!-

Soy malo, malo, terriblemente destructor, auto eliminador, diabólico, enfermo, poderosamente loco.

Volvería, volvería por más, porque la sed no puede calmarse. Invado el mundo de los conscientes, me abro camino. Culpo a la carne de mi carne.

El secreto es no haya secreto.

Mi vida no tiene el sentido necesario para entender el juego de la existencia.

Duermo en el ataúd de los recuerdos. Aumenta mi fuerza mientras la mente se proyecta al abismo de los tiempos, y caigo dormido en los brazos intangibles de la demencia.

La solución es negativa, el regreso imposible se ríe de mí.

La música aún sigue, ornamentada de un placer desconocido. Adosada a todos los pensamientos, funciona como leal trasfondo de una subsistencia mísera.

Los murciélagos vuelan sobre mi cuerpo macilento con sus ojos atrofiados, filman... Sus gritos punzan y acompañan el deterioro de un ser poderoso.

Las virtudes no valen ahora, en estas horas de perdición evitable. Porque evitarlas requiere más de un atisbo de voluntad, de poderosa voluntad. Algo difícil de conseguir en estos días... los consumidores de voluntad han agotado sus graneros de energía, reemplazándolos por caos y desesperanza. Unas lágrimas rojas de polvo quiebran la húmeda superficie del corazón y me lo secan.

-Hereje-

¿Qué importan tus hijos señor, qué importan si no tengo alma? Envidia decís que tengo, arrepentimiento lo que me falta. Demonio soy porque quiero, demonio decís que soy.

Ellos piensan en una larga existencia, en un futuro hermoso. No lo tendrán si existo. Sucumbirán, esos gusanos, asquerosos hijos tuyos; se pudrirán sus cuerpos, correrán carreras contra mi sed.

Sos ajeno a ellos, sos ajeno al mundo y lo soy. Permanezco como la representación de tus pecados, el anticuerpo del virus al que llaman amor; creado de las sombras por la misma mano que acaricia la decepción.

Llegué y vomité en las puertas del cielo, las alas de un ángel muerto.

Dios, no puedo odiarte. No puedo odiar lo que nunca amé.

-Desgarrando el alma-

Balbuceos inentendibles en el vacío perpetuo de un alma negra. Los escucho entre círculos de sufrimiento incoherente.

Las lenguas del pecado se estiran hasta rodearme y confunden los más lógicos pensamientos.

Convertido en una quimérica forma andante, rechazo el calor de los brazos de Cristo. Reniego de la religión, de esos credos, de los santos, del más hermoso de los ángeles. Huyo de las huestes salvajes del cielo a quien no creo volver a obedecer.

Este es el fin de la bondad, el principio de un cataclismo personal. Es la decisión tomada.

Soy el yo de un presente tenebroso. Los ancestros recuerdan en sus memorias humanas la fe oscura del mítico vampiro. Algunos llorarán por el alma encerrada. Otros intentarán destruir el demonio interno, el nosferatu.

Maldito estoy por mi propia mano.

Los que lloran, oirán cantar la voz del alma:

“Ayúdame señor, librame de este castigo. Ayúdame señor, oíd mi voz. Si no escuchás, no quiero vivir. Si no escuchás, toda lucha es en vano.”

Seguí cantando, alma, el demonio pronto aplastará tu cabeza. Seguí cantando, alma. No hay silencio más grande que el de tu fe.

-Maldita-

Salto las tumbas, esquivo las espadas aguzadas del tiempo. Ahora que me dejaste, que te llevaste lo humano, olvidate del chico angelical.

Soy libre y corro solo por la colina, cabalgo el viento. Cultivo el deseo prohibido en las almas blancas de los hijos de tus hijos.

Llevaré el mensaje de la muerte a lo largo de las tierras imperecederas de esos corazones.

Dormiré al amanecer.

Maldito tu nombre y existencia. Malditos tus ojos. Maldita. Despertarás un día en medio de lo que has construido: ruinas.

Estúpida mujer, verás más allá de la montaña de muertos. Y estarás sola.

Gozaré viéndote morir abandonada, como yo he vivido desde que no estás.

-Quema-

Quema la tierra mis pies y no la tocan. No sé por qué sigo acá. Espero una respuesta tal vez. Espero la respuesta.

¿Dónde se esconde la verdadera bondad? Temo encontrarla.

Queman los rostros mis ojos. Y no los miro. Siniestra muerte persigue el futuro del vampiro. Jamás lo alcanza.

Ha llegado sí, un invierno análogo a mil exterminios. Respiro la ceniza de un volcán invisible a los órganos. Consumo la decepción del mundo decadente.

Mis pensamientos queman. Ya no puedo pensar. He bajado los brazos hasta tocar el suelo. He fallecido en vida por el arte malicioso de un ser indiferente.

¡Soy tu hijo! ¡Tu creación! ¡No me dejes! ¡No quiero ser!

Acostumbrado al mal, el fuego de los tiempos ha depuesto una huella negra en la pradera desierta de mi espíritu.

-Tus errores-

Los acordes de la chirriante melodía despellejan mis absortas voluntades. Aguanto la respiración para atravesar un océano repleto de ruidos.

El dolor de oídos, la vibración del pecho y el humo del ambiente recrean la comedia de Dante. Imágenes borrosas de personalidades ya vividas me ponen melancólico.

Dejo que la fatalidad estática de esta nueva vida filtre locura directamente al alma, tan permeable últimamente.

¿Por qué he dejado de creer para abrazar tu tonto ideal de vida? ¡Al infierno con vos, Lucifer! Te odio con toda la esencia vil, y al hacerlo formo parte tuya. Maldito.

Soy ahora un reflejo mentiroso del mortal. Peor. Imperfecto. Un ciclón negro. Y siempre con la extrema curiosidad que mata al gato.

Duermo sobre estacas, desayuno hostias sagradas. Todo quizás por enfadarte, en pos de dañar tu creación.

Enredo a tus hijas en orgiásticas burlas. Te desafío, mostrame la fuerza que decís tener. Matame, elimíname como a uno de esos diminutos vampiritos molestos de la noche veraniega. Intentalo, hacete visible.

¿Ves? No podés vencer. Se debe a ese par de errores que cometiste en tiempos lejanos. ¿Te acordás? Refresco tu grandiosa memoria: Diste al hombre libre albedrío y lo hiciste su propio dios. Y tu segundo fallo, el infame desacierto: dejaste vivo a Caín.

Si, estúpido, aún existo.

-Condenada Sed-

Estoy solo, solo en este mundo. Estoy solo conmigo y ausente de mí.

Perdí el sentido de orientación en el momento que quise saber a dónde ir.

Juego con espectros del pasado en mi mente y disfruto blasfemar junto a demonios del presente.

¡Escuchame! Aguardar por una felicidad perdurable es una muerte progresiva dentro de las tinieblas de la espera. Pero no te recomiendo hundir los colmillos curiosos en la carne podrida,...

Y mientras hago lo que digo que no hagas, jodo cortando los hilos de la vida que e sostienen.

Solo, estoy solo, liberando incontrolables anticristos. Es mi culpa lo sé, obvio que sabes. ¿Importa?

La vida es una sucesión de pequeños infiernos. Llegan y se van. Efímeros y constantes, placeres dolorosos. Tientan, consumen. Jamás sacian.

Condenada sed.

-Mariposa-

Mariposa, quedé ciego al contemplarte.

Descubro en mi estómago un nudo nuevo que retuerce las vísceras. Tengo el corazón marchito de que lo mires llorar.

Hundo el remo en los mares de la nada y navego sin rumbo alumbrado por la presencia de un conocido Belcebú.

Sulfurosos vapores hacen locuras mentales, torbellinos sangrantes y alucinaciones.

Se entrecruzan los hilos de la muerte entre brazos caídos. No soportaran el batido indiferente de esas alas un segundo más.

Inundo tus pensamientos de perfumes exclusivos, rayando la espalda de un muerto inexpresivo.

Te has posado mariposa, en la flor más sublime, en la fatal.

Néctares sangrientos absorberán la vida de hoy, dándote la muerte que necesito para volver a vivir.

Volarás...

-El diablo confundido-

El río de la noche corre lento e intangible bajo el puente de la memoria. Mucho ha pasado en este largo día.

El viento suspira arrullos para mi pálido rostro.

Pasado, ya todo es un certero sueño real. Dormir, necesito dormir de verdad, sin pesadillas, sin realidades.

Evítame señor seguir con vida, evítame el dolor. Vos señor, que sos yo, date una oportunidad, dámela. Dejanos perder la conciencia del todo, no me abandones a mitad del camino.

Dios, que estás en mí, soy vos, somos todos, soy. En este momento y siempre, cuando los humanos somos Dios hablándonos. El bien, el mal, la violencia, el amor, el odio, la felicidad. Palabras, significados, significantes. ¿Qué son sino productos del producto que se creó a sí mismo?

Nos creamos, nos creímos, nos creó.

¿Creemos? ¿Creo?

Si Dios está en todas las cosas, está en mí, en otro, en todos. Se contiene a sí mismo. Me contiene...

-Incomprensiblemente arrogante-

Un fantasma, gas inerte en la atmósfera intangible de la nada.

La estructura desestructurada de mi vida muerta tiene declives pronunciados hacia vos.

Pero este descontrol no es otra cosa que una queja a mí mismo por lo que prohíbo de hacer al cuerpo y censo del espíritu.

Es entonces cuando siento la llegada del cambio. Regreso a la incierta inocencia del alma.

El mundo es un anillo como el tiempo, tan monótono y predecible como tus vástagos.

Diría que hasta te aburrís de vos mismo. A la vez sentís ese tremendo amor por todo. Eso te hace grande, poderoso, temible, omnipresente. Por vos no puedo estar a un paso fuera o detrás de tu sombra.

Sos yo, yo soy vos, y me es tan incomprensible tu existir como lo es el mío. La ignorancia en algunos me demuestra lo mucho que me falta ignorar para ser feliz.

Estoy aprendiendo por el lado bizarro, atravesando el río Estigia a nado. Tras cada brazada intuyo la presencia del

futuro, el final y el principio confluyendo en un solo punto. El mismo punto donde el frío y el calor queman por igual. Ese punto sos... mi demonio, mi ángel, mi dios, yo mismo.

-Comer-

Escuché el sonido de los gusanos al masticar y me dio hambre.

Olfateé la sangre coagulada en mis venas y me dio sed.

Hay por ahí unas brasas del averno que confundí con chocolates. ¿Loco? Ni idea. Probé y dije: ¡mmhh chocolate caliente!

Las entrañas se me pulverizaron del dolor.

¡Pero qué rico olor! ¡Qué gusto!

Escupí cenizas, tome un vaso de agua del señor de abajo y otra vez comí.

**Tercer retazo:
La regeneración**

-Te encontré-

No quiero otra droga que tu sonrisa. No quiero otro mundo que el tuyo. No quiero otras palabras que las que decís con los ojos.

Necesito recorrer el jardín secreto oculto en tu corazón porque nací para eso.

Tardé tanto en encontrarte, y de tanto hacerlo llego cansado, corrompido, después de atravesar infiernos insólitos para convencer al tiempo.

Pero hoy, algún dios piadoso con poderes más grandes que la vida, acomodó las energías de un rompecabezas perpetuo. Y te pude conocer, mi amor. Le agradezco por eso. Porque si alguna vez el destino te arranca de mí seguiré viviendo con el recuerdo de tu primer suspiro.

-Hada nocturna-

Ahora que te tengo, me doy cuenta de los grises despertares del pasado. Y el pasado ya no importa porque nazco todos los días al despertar a tu lado.

Tus brazos actúan como corredores infinitos de poder. Con cada caricia, me conecto a tu pequeño corazón de hada.

De noche volás recordando a tus ancestros, porque pensás que el pasado es muy importante para augurar el futuro.

Y tu magia hace efectos raros en mis entrañas, cosquillea, palpita en los pulmones del espíritu.

Pienso cada noche en vos, ayer, hoy, mañana, y así hasta encontrarnos quizá tres vidas después.

Arrancaré ese detalle en mi cuerpo, que es morir, viviré entonces bajo tus alas por los siglos que necesitemos, sumidos en la paz de una eternidad tierna.

-Adicto-

Veo el espejo, detrás estás vos. Huelo el aroma del destino y tiene ese perfume tuyo.

Al recordarte encuentro dulces las hieles del mal.

Caí en los abismos de la nada cuando faltaste. Negras noches avanzaron sobre mi alma ese día que te fuiste, cultivaron sombras en este llano paisaje del presente.

Soy adicto a la magia de tus labios, a los valles frescos de tu piel. Me deshago, te necesito. Porque nació en mí una adicción al calor, la energía, a la música de tu voz.

Los duendes me han dicho anoche con razón, que soy adicto a vos.

-Cenizas a las Cenizas-

En el olvidado rincón del pasado hay cenizas. Batallas memorables de capa y escudo teñidos de sangre.

Vi mi cuerpo desplazarse por los campos abarrotados de cadáveres. Jamás tuve miedo, mantuve la frente alta y viva. Algunos de esos cadáveres se movieron hacia donde yo estaba. Dejaron una larga estela de ceniza tras ellos. Al principio creí que eran viejos amigos, soldados que habían sobrevivido. Pero me equivoqué. Están pero no están, hablan y se mueven, mas sus corazones dejaron de latir. Se estremecen por el enérgico instinto de comer, comerse a los vivos. Tener cautela no carece de importancia, pues casi me convencen de que les entregue mi dolor.

Vean, vean el sufrimiento, el dolor, ¡vean, estúpidos muertos, que son sus propias caras reflejadas en la hoja de mi espada!

Cenizas a las cenizas, polvo al polvo.

Un consejo no puedo dejar de darle a los que caminan entrando a las tinieblas: cuidado con los que vuelven de ellas.

-Pido ser-

Pido ser uno más, uno como todos. Respirar, escuchar el latido de un corazón nuevo, beber de la misma agua. Despojado de conciencia, de saber y no poder volver.

He sido un serafín, he sido serpiente.

¿Resta humanidad o sobra basura?

Nado en el río agitado del conocimiento, golpeado por olas salvajes de remordimiento, masacrado por las afiladas rocas de un lecho brumoso.

Aún respiro pensando en alguna mañana piadosa, rescatar los residuos de mí...

Es una triste historia, una aflicción egoísta sin fin, donde el bien y el mal se precipitan. Los dos valores crean la verdad.

Caigo. Cierro los ojos, no quiero ver mi propia destrucción. Temo vivir al recordar alguna de tus caricias. Tu piel cálida...

No es la primera vez; han sido infinitas.

Si fuese hoy uno más, dejaría de temblar ante la solitaria eternidad.

-¿Oyen?-

Cruz, ¿oís este lamento? Abismo, ¿oís mi respiración entrecortada? Pagoda durmiente, ¿oís cómo canto esta noche? Templo ancestral, ¿hablo sin razón?

Judíos, cristianos, antiguos hindúes de pieles tostadas y almas blancas, ¿escuchan?

Arrastro los pecados confusos desde tiempos olvidados. Solo, sin espíritu, voy ahorrando penas.

Sabios antiguos que descansan bajo techos de virtud, protéjanme de la ignorancia insensata.

Hay caminos que hacen la tierra estéril. Necesito ayuda.

¿Oyen? ¿Están ahí? Detengan mi conciencia, ella quiere matar los sueños y sembrar los campos con fuego. Fuego del abismo.

Conviértanme, convénzanme, sálvenme.

La bondad empalaga, la maldad agota. Háganme gris.

-Absuélvelos-

De regreso, veo la verdad, palpo la cataclísmica indiferencia.

Siento frío en las catedrales y un ángel diamantino me dice desde afuera que me vaya. Si, es demasiado hielo.

Ellos entran y salen. Dejan en el altar sus pecados refrigerados.

Caen sobre mi cuerpo macilento, glorias vanas que alcancé siendo como ellos, pisando los cuerpos de otros, guijarros humanos que gritaron de arrepentimiento. ¡Y pensé que yo era malo! Me creí demonio, un blasfemo portador del emblema de Satán.

Suelto lágrimas de sangre por esos que jamás llorarán arrepentidos. Y a vos, que existís más allá de las tinieblas de este alma, dominando los paisajes indómitos de un paraíso invisible, te ruego, los perdones. No permitas que flemáticas catedrales los congelen con su hermosura mística, donde la piedra absorbe de ellos su fe y energía.

Absuélvelos, porque viven encerrados en una estructura vacía, dura, como el rostro de un santo de yeso.

-Miedo-

Ya no tengo miedo de nada. Logro controlar el demonio que atacó tantas veces mi cordura. Gracias a quien yo era mi propio vampiro. Succionando oportunidades de ser mejor, ser normal, ser humano.

Siempre supe que la lucha sería apocalíptica.

El miedo, caballero oscuro, gusano vividor que se aprovecha de todas las situaciones... Desfallecí cada vez ante sus feroces espadaos. Enfrentarlo significa vivir o morir. Ser libre o condenarse. No deja de atacar, pues no puede matarse una ilusión. Y gran empresa humana la de mantener el monstruo a distancia.

-Indivisibilidad-

Todo tiene la importancia que tiene que tener pero no la tiene. Y porque todo con todo hacen un indivisible. Invisible, para los que no observan con atención.

Números, sonidos, sensaciones, perfumes, miradas, locuras, conectados. El gato y el hombre, la flor y la hiedra, ninguna diferencia hallarás tras el velo superficial de la vista.

Con el tacto, exploré las escamas y las plumas. Gusté la ilusión de los sabores. Poné atención a la letra de la canción, no olvides al súper jilguero que te despierta en las mañanas. Al pasar por el parque sumergite al placer vegetal o asomate a esa casa para olfatear la comida de la anciana.

Da lo mismo, si lo apreciás con el sexto sentido oculto en tus profundidades indómitas. Da lo mismo, el que duerme, esperando que desenvaines su poder inmortal.

-Regeneración-

Mis huesos se regeneran, mi piel cubre la mayor parte del orgullo.

Hay tantas esperanzas de supervivencia que no entiendo ese llanto de ustedes.

Ya no hay dolor sino una extraña picazón causada por las moscas y la cicatrización inmediata de las células. Es el alma que comienza a verse a sí misma y decide mutar para curarse.

Veo unos ojos llenarse de inentendibles lágrimas de sufrimiento ¿Son por mí o por ustedes? ¿Lloran por el que se ha ido entre los muertos o por una vida sin el muerto? Se escuchan lamentos patéticos saliendo de sus gargantas. Pasan tiempo precioso pensando en la carne infecta de mis facciones olvidándose que la muerte también los espera.

No pierdan más tiempo, no usen esas lágrimas para lavar la tapa de mi ataúd. ¿No entienden?

Qué más quisiera yo que levantarme y golpearles para que despierten de ese egocéntrico círculo de inútil congoja. Sigán, ilusos, llorando por un pedazo de carne ¿Mañana, lagrimearán por una pata de cordero?

Oigan: ¡mi espíritu se ha regenerado!

**Cuarto retazo:
Fantaformas**

-Fantaformas-

Sombras parlanchinas, desviadas del cielo por un soplo del averno. Las relego a pudrirse como simples fantasmas en un mundo descreído sin piedad.

Es de ahí, de los suburbios de Satán, la ilusión del mal. Ilusiones son las que vos creaste para sentirte aceptado. Lo que decís, lo que hacés, lo que querés ser.

Enfermo, tu engaño traspasa los límites de la decepción divina y te arrastra a una vida sin vida.

Fantaformas, dicen que para mi no existe una regla irrompible. Nada es tan fuerte para no ser quebrado por la ley de mi ley, tan inexistente como la nada que te rodea.

Fantaformas vengan ya, que la vendimia del alma comienza por tus ojos y termina en el centro de tus centros.

Cantan los coros fantasmales, cubiertos de fiebre divina:

“Aleluya, hosanna, alabados los niños inocentes ocultos por el velo de la desesperanza”.

¡Dejá entrar la realidad a tu dimensión de valores!

Estoy llegando. Estoy llegando ¿Sentís la vibración de los pasos? Es mi ejército de un solo hombre. Estoy llegando. Estoy llegando. Ni tu cañón, ni el láser, ni la espada o la cuchilla cortará la piel.

Domine, domine, ¿dónde estás?, ¿lo sabés vos?

Observate qué sos, mirando en esa cueva oscura donde dormís indefenso. Empezá y verás las fantasmaformas colándose entre tus piernas, olfateando el jubiloso perfume de la verdad.

Estoy llegando. Estoy llegando. Estoy llegando. ¡No escapes!

Hay un diamante fundido. Una enorme reliquia roja palpita al compás de mi pulso, se esconde en una gruta de hielo: tu cuerpo.

-Fantasmogénesis-

Vuelan con ropas tan oscuras que ciegan la visión, otros se ríen exhibiendo blancas telas. Singulares fantasmas.

Les gusta enrarecer las aguas del río de tu fe. Nuestra fe, tu existencia, nuestro significado. Dan sentido a cada acto, un sentido nuevo cada vez. En una vuelta cambian lo que ves, empujándote a pensar diferente.

Y cambiás, cambiás sin cesar, agobiado por la marea de ciclos vitales, estructuras liberadas por la fantasía de la percepción.

Fabulosos sistemas, curiosidades minúsculas, fascinantes religiones. Dioses perfectos naciendo del cambio, unos perdurables, otros extintos.

Mientras cambiás, rezás. Pensás. Crees crear y ser vos mismo. No es así, sabrás. Dentro de esa catacumba desolada en la que llamás cuerpo, hay una maravilla creadora llamada mente. ¡Liberala hacia el infinito de posibilidades! ¡Incitá a la observación de las formas sin pensar que ves lo que ves!

Cierta metamorfosis arribará al oscuro bosque de las ánimas. Encenderá la eterna llama del hombre y le hará ver la verdadera sustancia de sus propios fantasmas. En ese instante al despertar, el sabio caminará por si mismo, con el pleno conocimiento de que él produjo la fantasmogénesis.

-El demonio de la almohada-

¡Ay de mí la otra noche! Mirando de soslayo advertí la figura del demonio bajito y pelón. No supe qué hacer y lo dejé ser. Me observó sonriendo y agitó sus alas membranosas. Arregló mi almohada, cubrió mis sueños de arrumacos letárgicos.

Pequeño engendro, te pregunto: ¿Por qué? ¿De dónde venís tan alegre, sombra olvidada? ¿Te han dicho algo gracioso? ¿Te han dicho que me asustás?

No le tengo miedo a tu forma ni a la forma del que te envió, no les temo a los hombres, no le temo a morir.

Con el viento del norte han partido mis sentimientos. El lago temporal lavó la sangre de los años, y si de algo he de temer, decímelo; así sabré amar.

-Vestido de negro-

La compasión perdida acusa valores que no tengo. El tiempo transcurrido bajo el puente de los sueños logra degradarme al punto máximo.

Células marchitas comienzan a derrumbarse y preguntan por qué visto de negro.

He oído miles de sonidos, nombré infinitas veces a quienes ya no puedo recordar.

No quiero saber más de la vida, no quiero tener la certeza de conocerla. Es demasiado para un solitario viajero del cosmos.

La fe ajena, los miedos anulados por un manto inexplicable de tolerancia.

Me preguntan por qué elegí el negro ¡Porque se refleja tan patente en la imagen sempiterna de mi reflejo! ¡Ese espejo, ese espejo!

Azul, verde, rojo, colores para el placer de sus miradas. Negro no es color, negro es la ausencia de su luz.

Desamparado ¿Visto de negro?

Triste cae la lluvia, y la muy perversa me enseña con prodigio silencioso, la veracidad de lo relativo.

Al final pregunto, ¿Salgo con paraguas porque llueve, o llueve porque salgo con paraguas?

Visto de negro ¿Desamparado?

-Nada más-

Es cerrada la noche, ahora que el día superfluo termina sin mucho barullo. Es cortante el machete de luz estelar.

Vientos helados ululan, apartan de la vida toda esperanza, todo orgullo, todo deseo, la muerte galopa sobre él. Horripilante claustropánico crece entre las telarañas pegajosas de mi conciencia.

Si fuera alguien conocido, alabado, quizás no vería la verdadera mecánica nocturna, que opera alrededor de las almas dilatadas.

Lo profundo en la profundidad es tan importante y fútil como la cabellera del que observa.

Pero observar es sabio, si sabio es lo que es. Ves lo que ves y veo lo que ves, no es real sino un sueño.

Recordá el concepto realidad, se agarra de tu mano y tu vida se convierte en mentira. Esa es la realidad de tu burbuja.

Creés en el concepto, sin observar que el concepto de - concepto- es humano y nada más. Es humano y nada más.

Esa misteriosa, esa loca y ciega noche, esa que no puedo explicar. Es el día, es la vida. Es el paso hacia la ignorancia el que purifica la verdad. Y descubris que fantasía, es el nombre de tu otra realidad.

-El fantasma de la furia-

Almacenás pasado en la retina para dar a luz la niebla del juicio. Pero tu retina se empaña con imágenes triviales. ¿Es esto lo que querés?

El misterio de la búsqueda es tan extraño e importante como la satisfacción descarriada. Deseos vueltos al origen del origen.

Dedos palpitan en pechos ajenos, cuidan pieles efímeras. ¿Dónde estás que no te veo? ¡Fantasma de la furia, despertá del letargo! ¿La ira olvidó su significado?

Sin el pasado bochornoso prevengo futuros prósperos. Salvo que aparezcas, espectro del recuerdo, fantasma de las noches olvidadas.

Encuentro verdad en el presente, es el que me habla de vida, el que se encarga de borrar huellas. Sin pensar en mañana, sin pensar en mañana.

¡Fantasma de la furia, ojalá sigas durmiendo hoy!

-Rigor-

Sabrás cuando llegue el invierno, cuando tus dedos se congelen al unísono y la piel se te escarche. Dolor, pasión, melancólicos anuncios de lo que seremos con el frío.

Todo se repite en la caverna templada.

Fuimos buenos, fuimos malos, lo que elegimos ser. Nos convertimos al final en formas extrañas para nosotros mismos.

Nacimos, morimos y el invierno apadrinó nuestros pasos nevados. Si quisiera saber que será de este nuevo invierno...

¡Si quisiera saber!

-Vos tocás el arpa, yo la guitarra-

Joven, joven, niña del dios. De ese rey de reyes que te lanzó al mar de los azares. Te libró de la eternidad espiritual, Y cobró una vida que no merecía.

Ahora te ofrezco la sangre que te hará inmortal. Transmutarás a la esencia, ni el bien, ni el mal te harán suya.

Tus ojos verán la verdad de la oscuridad en el abismo de los míos.

Sentidos cubiertos con manto de nieve.

Entregate al lago de los sueños, lanzate al desorden ordenado de mi caos.

Pequeña mujercita, soñando mentiras, viviendo catástrofes mentales, aguantá un segundo la respiración, tirate a la locura de este muerto.

Cegate a la cadena, negátele un segundo.

Si el pensamiento te engaña, abandoná toda esperanza y quedate con tu dios hacedor de muertos.

Esta es una invitación, esto es sólo pensamiento. Entendelo; mientras tanto, vos tocás el arpa, yo la guitarra.

**El último retazo:
Golpeando las puertas de la vida**

-La puerta-

Escuché hace mucho los golpes incesantes en la puerta de madera. Es por los años cerrada que hoy me pregunto si sonará igual. Sus bisagras se trabaron con polvo.

Moví de lugar estos muebles, mas la puerta se mantiene inmutable. Puedo recordar los latidos del núcleo con su palpitación de madera ¡Y la figura detrás me traía tanta felicidad, tanta vida!

Es injusto que teniendo tanto para dar, no llame. Esa maldita puerta, antigua e insensible puerta, guarda bien los secretos, de un interior que perdió la calma, la felicidad, la tristeza. Sus imperfectas tablas tiritan con el sol invernal del mediodía. Está marchitándose, como yo.

Hoy no veo el futuro, olvido el pasado, pierdo el presente. Lo único que hay es la puerta, que cambia su forma a través de la noche interminable, convirtiéndose en la tapa de mi cripta.

-Afuera-

¡Hey vos! La que guarda aún esos momentos, déjame entrar al complejo laberinto de tu vida.

Hace frío aquí afuera, las cadenas pesan tanto que los huesos arden.

Quiero darte amor libre, de eso hablo, abríme la puerta. No quiero creerlo.

Este hermoso amanecer me sepulta en una encrucijada. Era tan filosa tu amargura, ¡esa desdicha!, esa desdicha...

Me volví árido, transfigurado en el desierto de tu existir. Sé que golpear abrirá una nueva herida, pero hace tanto frío acá afuera...

-Las puertas de la vida-

Otra mañana sin sentido, otro día sin destino.

Este no es un amor cualquiera o una tristeza pasajera, no puedo evitarte. Por eso me siento enfermo, el mundo se parece a un trivial comentario salido de las llagas de un leproso. O el canto de los pájaros, oscurecido por el recuerdo de un suspiro.

Vos y yo, que hacíamos del mundo un juguete, una enorme rueda de risas y encantos sin fin. Vos y yo, perdidos en la locura del amor.

Las brujas, los santos, los dioses, las sabias escrituras del tiempo, no sabían más sobre el amor de lo que nosotros habíamos descubierto con esas caricias.

Hoy... otro despertar negro. Otra jornada que huye de los muertos, dormir afuera.

Hoy... otra mañana opacada por el sin sentido de una ciudad aburrida.

Dolor, obsesión, locura, una innumerable cantidad de fantasmas me acompaña en este frío lamento.

Otro día ebrio de recuerdos, caminos gastados, paralizados por la inexistencia de tus labios.

*Abrime las puertas otra vez, esta mañana, este día.
Abrime las puertas de la vida.*

-El principio del fin-

Un capítulo de este mundo que es mi mundo y es el tuyo, se cierra hoy.

Lo que el alma quiere saber es si vos estás del lado de adentro o de afuera, esperando o haciendo esperar. Ya no importan los sentimentalismos que nacen desde el fondo de tu ego, no interesan los dioses importantes, ni la fe de tu fe, ni lo que digan unos u otros. Nada tiene hoy el sentido que le quiero dar a esta partida, a este comienzo. Un sentido puro y humano.

Basta ya de tus jugueteos estúpidos, basta de tus impulsos irónicos, basta de esas miradas perdidas, vacías de toda coherencia. No hablemos de coherencia ni hablemos de locura.

Más allá está la puerta que conduce a la autodestrucción de la destrucción, al fuego de la verdad, el camino a lo indefinido, lo que se escapa del bien y del mal. El principio del final no tiene verdades, o mentiras. No hay lindos o feos, sólo realidad. Una realidad movida por el amor. El resto superfluo se desgranará ante tu conciencia en el otoño de los tiempos.

¡Hey! Vos, ¡Mirate, miranos! ¿Estás adentro o afuera?

Hasta acá llegan los retazos de la obra de mi antecesor, Antonio “*el muertero*”, a quien dedico esta breve recopilación, mi alimento.

M. Borealis, actual depositario de *la tradición*.

Legado Hereje vol.1: Anatema Carmesí

Por Maximiliano Chiaverano

Edición revisada 2017

Este e-book se terminó de
escribir en marzo de 2017

Anatema Carmesí: Legado Hereje © 2007-2017